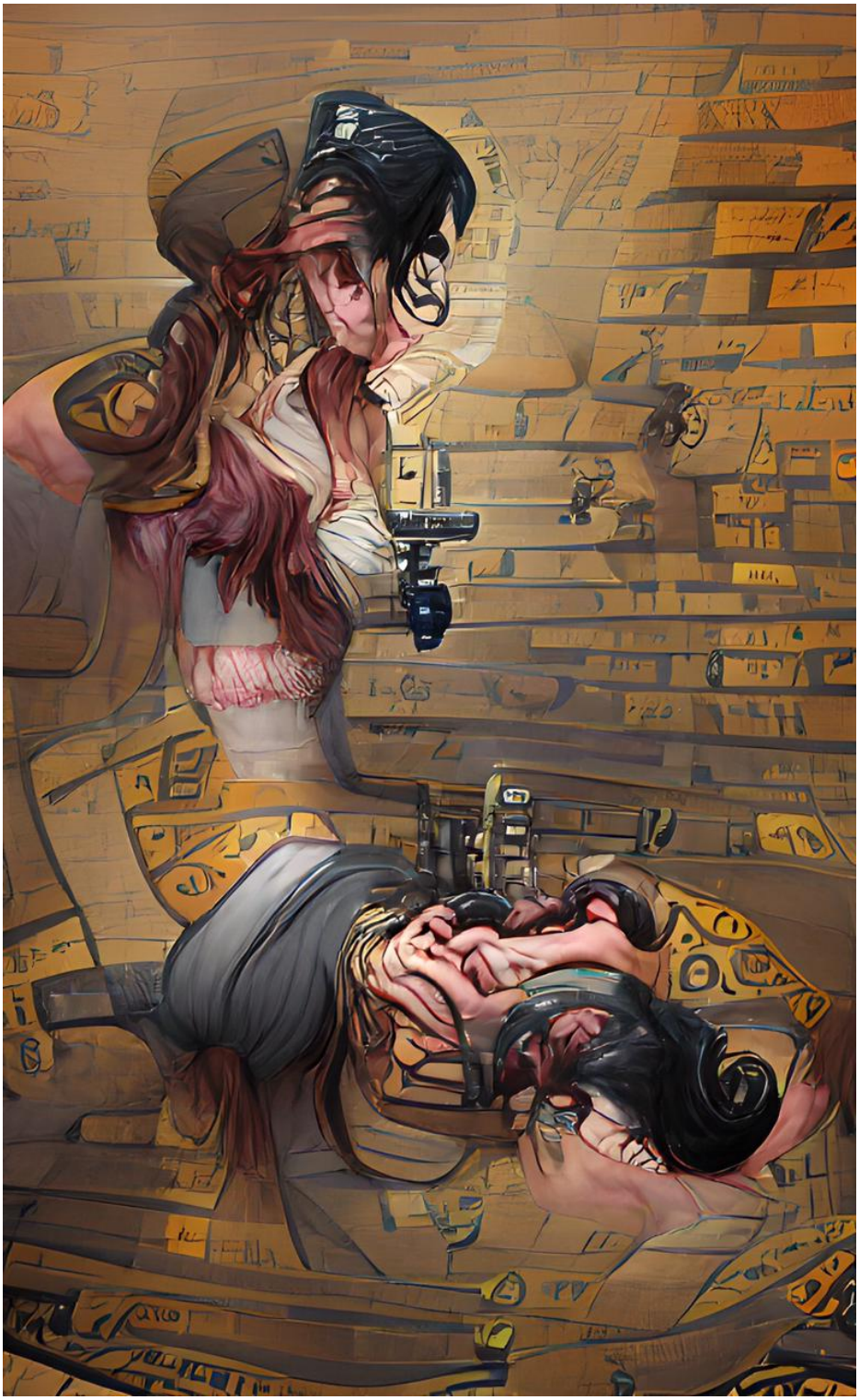
De la traición

Alan DiVoga



Capítulo 1

DE LA TRAICIÓN

Alan DiVoga

Quizá lo más loable de la humanidad no sea más que una simple contraposición de lo más detestable que tenemos. Nuestra naturaleza, un enigma que no pocos pensadores han intentado descifrar, y que parece se compone de contraposiciones que más bien parecerían burla de una existencia que nos dieran sentido, quizá del propio creador.

La música que aquel día sonaba en el departamento, que hacía cinco años había comprado con mi esposa me hacía profundizar aún más en dichos temas, me encerraban en mí. Un lento blues de fondo, con alguna melodía en violín que acompañaba, acariciaba aquello el aire que pareciera hostil, la calma antes de la tormenta.

No han faltado, así, grandes historias de traición a lo largo de la humanidad. Abundan casi tanto como las historias de heroísmo, y quizá estas sean más conocidas. Caín, Fawkes, Judas, o quizá uno más reciente como Pound a su nación, todos conocemos sus historias, todos conocemos sus traiciones. Pues yo, en ese momento, era Abel, Enrique, era incluso Jesús.

La sed de justicia con la que nacemos es también parte de nuestra naturaleza. Mi pensamiento se movió a este nuevo tema mientras me levantaba del suelo de mi departamento en donde había pasado más de una hora tumbado, y a lentos movimientos me acerqué a la cocina, saqué un vaso de uno de los estantes, y lo serví hasta el tope del mejor ron de mi cocina. Dulce, muy dulce, como me gustaba, como se sirve también la justicia. Pero de nuevo la justicia es complicada en cuanto a la naturaleza propia, en cuanto a la naturaleza humana. Porque la propia naturaleza humana es complicada.

Si lo justo es dar a cada uno lo que le corresponde, y no sabemos lo que nos corresponde, la justicia no se consigue. Sin embargo, si conocemos que algo nos corresponde, y esto nos es arrebatado, entonces podemos hablar injusticia. Y yo sé lo que me corresponde, y así también conozco que me fue arrebato en contra de mi voluntad por medio de la traición.

Mi esposa no estaría a mucho de llegar. La canción en el departamento cambió a una vieja balada. Seguía con mi trago en mi mano, y lo tomaba a tragos pequeños.

La voluntad, por otro lado, es también un tema curioso para entender nuestro actuar. Lo que no quiero suceda sucede, y si no está en mi

voluntad, entonces enferma el alma. Entiendo que las cosas no siempre salen como uno las planea, entiendo que no es un tema que de mi voluntad dependa, pero cuando la confianza se deposita en alguien, se tiene un único propósito: que se cumpla la voluntad particular de quien deposita. Cualquier falta a éste depósito que se salga de la voluntad es una falta grave a lo que se confiaba, y así, una falta a la voluntad particular.

Es por eso que lo sucedido iba en contra de mi voluntad, y en vista de hacer justicia, debía actuar en contra de la voluntad de quien me traicionó. Pues la respuesta debe ser en medida de lo realizado, o la justicia no se logra efectivamente.

En ese momento mi esposa entró al departamento, abriendo con estrépito. Volvía del trabajo, y aún no era muy tarde. El cielo fuera apenas comenzaba a apagarse. Vestía una falda de oficina y un saco gris hecho a la medida que, debo admitir, se le veía de maravilla.

Me encontró ella parado tras la barra que separaba la cocina del comedor. Se acercó y me saludo de beso, y yo, bajando la mano más allá de su cintura, le di a entender mis planes. Después de una sonrisa y unas cuantas palabras compartidas, fuimos a la habitación.

Debo admitir que mi mente no estaba con ella. Seguía divagando entre lo justo y lo injusto, entre la venganza y la naturaleza del hombre y, sobre todo, entre la traición y la voluntad de traicionar. El hombre no hiere a otro hombre por mero ocio; nunca ha sido el caso y nunca lo será. Cuando se hiere a otro hombre, el contexto es de lo más importante, pues sin él, no se logra entender el ataque. O por lo menos, eso es lo que creía. Pero el tiempo no solo me había mostrado mi error, si no que se había encargado de confundirme. No me dio una antítesis a mi pensamiento, sino diferentes puntos irregulares que, al unir, no formaban nada.

No es que pensara que el hombre hiere a otro hombre por mero ocio, sino más bien, ya no entendía la razón de herir. Y no entendía, sobre todo, por qué herirme a mí, que nunca había herido. Si a Jesús le traicionaron es por qué habló más de lo que debía. Abel murió por envidia. Pero yo nunca había hablado de más, y tampoco tenía nada que envidiar. Me había limitado, a lo largo de mi vida a cumplir con lo que debía cumplir: había conseguido el éxito profesional sin pisar a nadie en el camino, me había casado con una mujer que amaba y nunca le había engañado y, había querido a cada una de mis relaciones personales lo más que se pudiera. Es por eso que no entendía como alguien me podía herir, y como lo hicieron de la manera que lo hicieron.

Mi esposa y yo, ya en nuestro cuarto, comenzamos a besarnos y desvestirnos. Aquello solía ser siempre igual: besos en el cuello, palabras al oído, prenda a prenda desvestirnos y terminar con aquello, para

después pasar a dormirnos. No fueron pocas las veces que mi esposa intentó convencerme de darle un giro a aquello. Incluir algún juguete, incluso, en algún momento, mencionó incluir a otra persona. Yo siempre me negué, pero las proposiciones nunca llegaron a molestarme. Entendía que mi esposa y yo podíamos ser diferentes, que a ella le podían gustar cosas que a mí no, pero no por eso iba a dejar mi normalidad a merced de los deseos lujuriosos de la mujer que amaba. Sin embargo, aquel día, mientras besábamos nuestros cuellos, le propuse un cambio: había yo comprado una cuerda en una ferretería cercana, y había pasado la tarde del día anterior aprendiendo a hacer diferentes tipos de nudos.

Su cara, su hermosa cara, se iluminó ante mi propuesta. Así pues, saqué del cajón del buró seguido a nuestra cama una cuerda negra, y comencé a atar a mi esposa mientras le cubría de besos. Primero los brazos, uno junto al otro; después las piernas, juntas y dobladas; y después unos con otros, dejándola en posición fetal con un nudo que, entre más se moviera, más se apretaba. Por último, la amordacé para que no escapara de su boca más que leves gemidos casi inaudibles. Esa imagen, la de mi esposa desnuda en su cama, con nudos alrededor de las muñecas, los tobillos, los muslos y las caderas no lograron lo que mi esposa deseaba, y no pude conseguir ni una mísera erección media. Pero para mi gusto, no era lo que buscaba.

Me alejé de mi mujer y la contemplé por unos segundos. Al principio, mi esposa siguió el juego, pero conforme el tiempo pasaba, y yo no me acercaba, se comenzó a desesperar. Intentó moverse, pero cumpliendo su función, los nudos en su cuerpo se apretaron más, causándole un dolor que, más que placentero, reflejó preocupación en sus ojos.

Fue entonces cuando comencé la toma de justicia. Me acerqué al closet de la habitación y, abriéndolo, cayó frente a mí una figura atada igual que mi esposa, el cuerpo desnudo de un hombre, con nudos en sus tobillos y muñecas. Lo levanté y lo puse frente a mi esposa, y logré que se miraran a los ojos. Las mordazas en sus bocas impidieron que los gritos que soltaban se escucharan, y las lágrimas en los ojos de ambos lograron algo de lo que mi esposa hubiera estado orgullosa: por fin había conseguido la erección.

Grité pidiendo explicaciones, pero ninguno fue capaz de hacerlo, ninguno pudo hablar. Y mientras los penetraba a ambos por turnos, y tomaba justicia por lo que me habían hecho, pensé de nuevo en la traición, y en como cada cosa toma su lugar cuando debe de hacerlo.

“De la traición”

Terminada el 25/01/2021

Obra propiedad de Alan DiVoga